

El príncipe D. Carlos de Viana, hijo del rey Don Juan de Navarra, fué uno de los seres más nobles y más desgraciados que registran los anales de la Historia, y cuya azarosa existencia no he podido menos de estudiar con vivo interés y profundo enternecimiento.

Carlos de Viana fué siempre el rival de su padre en el afecto de sus pueblos; y no lo fué porque él lo intentase, sino porque los pueblos odiaban á D. Juan y amaban al príncipe en memoria de las virtudes de su madre, la buena reina Doña Blanca.

Semejante preferencia y las continuas sugerencias de Doña Juana Enríquez, segunda esposa del rey de Navarra, contra el príncipe, encendieron una discordia entre padre é hijo, que no se acabó sino con la vida de éste.

Carlos de Viana casó muy joven con Doña Ana, hija del duque de Cleves; pero la muerte se llevó muy pronto a esta princesa, que no le dejó hijo alguno, aunque tuvo tres naturales, que fueron

Felipe, conde de Beaufort, Ana y Juan Alfonso, que llegó á ser después obispo de Huesca.

Dejando aparte los amores que dieron por resultado estos tres hijos, el príncipe de Viana fué siempre ejemplar en su conducta privada, y sus costumbres sobresalían por una pureza de que no había idea en las corrompidas cortes de Castilla y de Navarra.

Su templanza, su modestia eran tales, tal la excelencia de su talento, tan intachable su conducta, tan sobresalientes su munificencia, la dulzura de su trato y la benignidad de su carácter, que Cataluña, Sicilia, Aragón y todas las demás tierras y señoríos que obedecían a su padre, le adoraban y le deseaban para rey.

Este era el príncipe que, dos días después de la llegada de la infanta Isabel a la corte de su hermano, se propuso a aquélla por esposo, según le había anunciado la reina Doña Juana en la larga y triste entrevista que tuvo con ella.

Para hacerle semejante proposición, Enrique IV entró en la habitación de la princesa, su hermana, vestido de ceremonia y rodeado de lo más florido y noble de los caballeros de su corte.

Era como al mediodía.

Isabel, sentada al lado de una gran mesa cuadrada y cubierta con un tapete de terciopelo bordado con las armas de Castilla, repasaba a su hermano Alfonso las lecciones que ella misma le daba.

Algo más lejos, una joven llamada Doña Beatriz

de Bobadilla, dama de honor de la infanta desde hacía mucho tiempo, y que la había seguido a la corte, bordaba un brial de seda.

Un paje levantó el pesado tapiz de la puerta de la cámara, y anunció:

—¡El Rey!

Siguieron al anuncio un ruido de botas y escarcelas y el crujido de seda de los trajes de corte, y D. Enrique, a la cabeza de su brillante séquito, apareció en la habitación de su hermana.

Isabel palideció; recordó las palabras de Doña Juana y comprendió al instante el objeto de la venida del rey.

Dió dos pasos hacia él, le tomó una mano y se la besó.

—Doña Isabel—dijo el monarca sentándose en el sitial que antes ocupaba su hermana—, vengo a participaros que he determinado que os caséis, y a deciros quién es el esposo que, atendiendo a la grandeza de vuestra condición y al bien del reino, os he elegido.

La fría serenidad del rostro de la infanta pasó a ser una helada altivez.

Cualquiera hubiera dicho que una nube se extendía por su frente y velaba la radiosa expresión de sus facciones.

Levantando una mirada hacia el grupo de los cortesanos, notó que todos la observaban con ansiedad, todos menos uno, que la contemplaba con profundo dolor.

Era D. Beltrán de la Cueva.

La expresión de los ojos del favorito de la reina era tan extraña y tan significativa, que Isabel estuvo en él los suyos llena de sorpresa.

Pero fué tal la impresión que le causó el aspecto de aquel rostro, que bajó a su vez la vista, muda y palpitante.

En el semblante de D. Beltrán se retrataba el amor más violento y la más violenta desesperación, a la vez que una súplica angustiosa y desgarradora.

Una luz desconocida brotó en el espíritu de Doña Isabel.

Comprendiendo el amor, la niña se hizo de súbito mujer; pero el instinto del pudor, el convencimiento de lo que se debía a sí misma, le hicieron dominar su emoción, y aquella alma fuerte volvió, a lo menos por entonces, a su esfera de paz y tranquilidad.

—Y ¿quién es el esposo que me destináis, señor y hermano mío?—preguntó con voz firme y que no vendía la más leve emoción.

—El príncipe Carlos de Viana—respondió Enrique IV—, hijo del rey de Navarra e infante heredero de aquellos Estados y de los de Aragón.

—No me acomoda para esposo—respondió la joven con la misma dignidad y firmeza—, y os voy a decir las causas por qué no me conviene: la primera es que tiene cerca de cuarenta y un años, y yo apenas cuento doce.

—Y eso ¿qué importa?—exclamó airado el Rey—; ¿acaso pensáis, hermana mía, que el príncipe de Viana es algún monstruo de vejez o de fealdad?

—No, señor—repuso Isabel—; no ignoro cómo es el excelente y magnánimo príncipe de Viana; y tanto es así, que os lo voy a pintar: mirad, tiene la estatura alta y bien proporcionada, el cabello hermoso y de un color castaño claro, la nariz fina, la boca admirable, la frente elevada y noble, la barba rubia, sedosa y rizada; la bondad de su corazón aventaja a la belleza de su cuerpo, su instrucción es vastísima, su carácter casi heroico; sé, además, que es buen poeta y el mejor amigo de Ausias-March, el excelente trovador provenzal; sé que se dedica al cultivo de la Filosofía y de la Historia, y que ha traducido la *Ética de Aristóteles*, y que ha escrito la *Crónica de Navarra*, desde los tiempos más antiguos hasta nuestros días.

—Veo, Doña Isabel, que le conocéis mejor que yo—repuso admirado el rey—; pero ¿cómo podéis estar tan enterada?...

—Yo me informo, señor, de todo aquello que me conviene, y no me son desconocidas las circunstancias de todos los príncipes que podáis proponerme.

—¿Sabéis también las desgracias por que ha pasado el príncipe de Viana?

—Todas, señor.

—¿Y no os mueve a compasión?

—¡Más que a nadie!—respondió la infanta al-

zando al cielo una mirada que rebosaba el más vivo enternecimiento—; ¡no sabéis cuántas lágrimas nos ha hecho derramar a mi madre y á mí su prisión en el castillo de Lérida, por orden de su cruel padre! ¡No sabéis cuánto rezamos por su libertad! ¡Cuánto nos alegró la noticia de la insurrección de Navarra, Cataluña, Sicilia y Cerdeña, para libertar a ese príncipe desventurado, y cuántas gracias dimos al cielo al saber que, temeroso de un levantamiento general, le había devuelto la libertad el ambicioso rey D. Juan!

—¿Habéis visto alguna vez al príncipe?

—No, señor, pero me lo imagino, y estoy cierta de que no me engaño; además, me lo han descrito con toda fidelidad; sé que ha heredado de su madre, la reina Doña Blanca de Sicilia, la mirada lenta y profunda que lee en las almas, la grata sonrisa de los labios y la dulce mirada de los ojos; sé que su voz atrae a cuantos le escuchan, y que, cuando canta con el laúd provenzal, se conquista todos los corazones.

—¡Cualquiera diría que, aun sin conocerle, le ama V. A.!—exclamó sin poderse contener Don Beltrán de la Cueva.

La infanta guardó un altivo silencio.

—¡Digo lo que el conde de Ledesma!—añadió el rey—; parece que amáis al príncipe de Viana, y, sin embargo, no le aceptáis por esposo.

—¡Carlos de Viana es el único príncipe a quien yo hubiera amado en la tierra!—repuso la infan-

ta;—¡Pero me lo he prohibido a mí misma! ¡No he llegado a amarle!... ¡No le amo, señor!

—¿Por qué razón?

—Por dos que os voy a revelar; es la una, que sé cuánto ha amado a otra mujer.

—Una joven oscura... una aventurera...—observó el rey;—¿qué importa eso?

—El príncipe ha amado con locura a una joven oscura, pero honrada; la ha seducido, tiene de ella tres hijos, y yo no puedo encargarme de ellos, ni quiero que los abandone!

—¿Debe una princesa reparar en esas cosas?—exclamó Enrique con tono de desdén;—los que alegáis son obstáculos por encima de los cuales debe pasar la razón de Estado.

—Pero no mi conciencia—repuso Isabel;—yo, señor, quiero ser, y lo seré, cristiana y honrada mujer, aunque haya nacido bajo un sólio; que esto en vez de dispensarme de la virtud, me obliga más a ella.

—¿No habéis dicho que teníais dos razones para no amar al príncipe?—preguntó el rey, cuyo ceño se iba arrugando cada vez más;—sólo conocemos una; ¿cuál es la otra?

—La otra razón la conocéis también; está basada en la diferencia de edad.

—¡Extraños reparos tenéis, por mi vida, Isabel!—exclamó el rey lleno de enojo;—vuestras dos razones, si alguna vez pudieran ser atendibles, no deben serlo, tratándose del enlace de una princesa.

—¿Qué queréis? esas dos razones tan poco fuertes en vuestro concepto, son, en el mío, un obstáculo insuperable a mi boda con el príncipe de Viana.

—¿Conque le rehusáis?

—Sí, señor y hermano mío.

—No importa,—repuso Enrique levantándose:—no casaréis con él.

—¡Jamás!

—¡Os digo que sí!

—¡Yo os afirmo que no! Pero no disputemos y dejemos hablar a los hechos.

—Quedad con Dios—dijo el rey—y contad con que haréis mi voluntad.

Isabel guardó un frío y altivo silencio, y el rey salió tan ciego de cólera, que no vió a D. Beltrán de la Cueva, que se quedaba en la cámara de su hermana.

Esta, pálida y conmovida, se apoyaba en el respaldo de su sitial, pues se había puesto en pié para despedir al rey.

El infante D. Alfonso se acercó a su hermana y le dijo con voz muy queda y temerosa:

—Ved, Isabel, a ese caballero tan alto; ¿ha quedado aquí para guardarnos?

Volvióse la infanta y fijó su lenta y profunda mirada en el favorito de la reina.

Este quiso hablar, pero palideció intensamente y de sus labios trémulos no salió ningún sonido.

Después juntó sus manos con un ademán de gra-

titud, y se dejó caer de rodillas a los pies de Doña Isabel.

Esta alzó su mano, sellando con un gesto de dignidad suprema aquellos labios que pugnaban por volverse abrir; y luego, extendiendo aquella misma mano hacia la puerta, miró imperiosamente al favorito.

Sin duda comprendió éste la intención de Doña Isabel, porque enseguida salió de la estancia con paso vacilante y como si estuviera ébrio.

—¿Qué quería ese hombre que se arrodilló a vuestros piés Isabel?—dijo muy admirado de aquella escena muda D. Alfonso.

—No sé... está loco; respondió con laconismo la infanta; venid, Alfonso, y acabaré de repasaros vuestras lecciones.

—¡Qué fuerza de alma!—se dijo Doña Beatriz de Bobadilla, que había permanecido casi oculta en el hueco de una ventana;—¡y sólo tiene doce años! ¿Qué hará a los veinticinco?

XIII

Tres días después de la escena que queda referida, un rumor siniestro llegó al palacio de Valladolid: este rumor era el fatídico mensajero de esta terrible nueva: ¡el príncipe de Viana ha muerto!

Habían llegado de Barcelona dos soldados que traían la fatal noticia, y habían caminado toda la noche, esperando a que las puertas de Valladolid, que se abrían a la aurora, les diesen entrada.

Tres horas después llegaron emisarios oficiales nombrados entre los más distinguidos señores de Cataluña, que se dirigieron a palacio para participar al rey tan triste acontecimiento.

El rey, al saberlo, montó en cólera; era tan poco dueño de sí mismo, y en aquellos tiempos dominaba también tan poco la civilización al carácter rudo de la época, que los labios de Enrique IV, pálidos de enojo, dejaron escapar este grito:

—¡Le han asesinado!

Los embajadores del Principado, lejos de irritarse con esta acusación, guardaron un doloroso silencio.

—¿No es cierto que le han asesinado?—preguntó el rey—. ¡Hablad!... ¡Vosotros adorábais al príncipe!... ¿De qué ha muerto?

—Señor—dijo un caballero catalán de barba blanca y respetable aspecto—, se dice, y los médicos lo aseguran, que nuestro adorado príncipe ha muerto de fiebre; pero nosotros creemos, como vuestra alteza, que ha sido de veneno; oid lo sucedido y juzgaréis.

Ya conocéis la guerra que venían sosteniendo hace años el rey de Aragón y su hijo el príncipe de Viana; auxiliaban al príncipe las tropas de vuestra alteza, y los catalanes y aragoneses queríamos que D. Carlos fuese jurado solemnemente heredero de estos reinos; ya sabe vuestra alteza que se le proclamó heredero en Barcelona, con toda solemnidad, el 24 de Junio último; allí ha residido pacífico y feliz, esperando la hora de su enlace con la infanta Doña Isabel, que se negociaba desde hace tres meses; hace pocos días se sintió enfermo; los médicos dijeron que la fiebre era el origen de su indisposición; nosotros abrigamos el convencimiento de que una mano traidora le ha suministrado un mortífero veneno, por orden de su madrastra y...

—¡Y de su padre!—concluyó el rey:—¿No os atrevéis a acusar a D. Juan de semejante acción? ¡Pues le acuso yo! ¡Sí! D. Juan ha dado un veneno a su hijo, para que no sea el esposo de mi hermana, pues quiere que se case con ella su segundo

hijo D. Fernando... ¡pero vive Dios que no será! ¡Id, señores enviados! ¡ahora yo sé lo que he de hacer!

El cadáver del príncipe estuvo expuesto en el gran salón del palacio de Barcelona, por espacio de trece días; la augusta majestad de la muerte parecía prestar aun nueva belleza a aquel noble y desgraciado príncipe, cuya vida fué tan infeliz, cuya muerte fué tan dolorosa.

Todos acudían en tropel a besar la orla de su manto, y el lecho fúnebre estaba rodeado de una guardia de los más esclarecidos señores aragoneses y catalanes.

El día 5 de Octubre fué paseado el cadáver por la ciudad con fúnebre pompa y llevado en procesión: según los dietarios de la diputación de los tres Estamentos de Cataluña, seguían al cadáver más de quince mil personas, y en esta forma fué conducido al monasterio de Poblet.

Quince días después de la muerte de D. Carlos, prestóse por las Cortes de Aragón en Calatayud, el juramento de fidelidad a su hermano el infante D. Fernando, de edad entonces de once años, e hijo de la reina Doña Juana, segunda esposa de D. Juan de Aragón; éste, alterando las leyes de la monarquía, según las cuales no podían los príncipes ejercer jurisdicción antes de los catorce años, quiso hacerle gobernador y lugarteniente general del reino; pero los aragoneses se opusieron enérgicamente, y el rey tuvo que enviar al niño con

su madre a Cataluña, para que recibiese el homenaje del Principado.

La reina y su hijo hallaron a Barcelona completamente enlutada, y en el estado de la mayor consternación.

Referíase que la sombra de D. Carlos paseaba las calles de noche, quejándose con ayes lastimeros de su violenta muerte y pidiendo venganza contra su padre y su madrastra; contábanse milagros que habían tenido lugar en su sepulcro, y, en fin, tanto era el amor y tan grande la veneración que los catalanes tuvieron en vida al príncipe D. Carlos, que le santificaban muerto.

Pero el ánimo verdaderamente varonil de Doña Juana no se amedrantaba por nada; desafiando las iras populares, penetró en la ciudad, y ora con ruegos y promesas, ora con amenazas, allanó aquel terreno que vomitaba llamas bajo sus piés, y el día 21 de Noviembre de 1461 el joven D. Fernando juró en la santa iglesia catedral las leyes de Cataluña, siendo proclamado enseguida como sucesor a la corona de su padre.

Este infante fué el que casó con Isabel, y reinó con ella bajo el nombre de Fernando el Católico, y a él, como a su augusta esposa, seguiremos en el discurso de su vida, tarea árdua y delicada; pero que hemos emprendido con valor.

Conseguido ya el principal objeto de Doña Juana, aquella madre ambiciosa y cruel, a fuerza de ser apasionada de su hijo, quiso conseguir más, y

se empeñó en levantar la prohibición de entrar en el Principado impuesta a su esposo; pero esta empresa era ya superior a sus fuerzas: el Consejo de los Ciento rechazó con invencible entereza todas sus demandas, y respondió que aceptaba a D. Fernando por niño e inocente; pero que jamás daría asilo al padre desnaturalizado, que había dado muerte al príncipe de Viana.

La tempestad se iba formando cada día más amenazadora.

Don Juan de Aragón trataba ya con monarcas extranjeros, viéndose odiado de sus pueblos; y al fin Doña Juana, su esposa, considerándose expuesta en Barcelona, partió con su hijo D. Fernando y unos cuantos caballeros a refugiarse en la fortificada ciudad de Gerona, el 11 de Marzo de 1462.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEO.  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Vol. 1625 MONTERREY, MEXICO



XIV

Era una noche de Abril, serena y alumbrada por una clara luna, como las muchas que vemos en la primavera.

Doña Isabel, sola en su cámara, escribía a su madre que vivía, según su costumbre, en su retiro de Arévalo: la ventana abierta daba sobre el extenso jardín del alcázar, y permitía que subiesen hasta la joven princesa los perfumes de mil flores.

Habíase ésta quitado sus tocas de gasa blanca, y sus cabellos, desprendidos, caían en dos ricas y espesas trenzas, enroscándose en el asiento de su sitial.

«Cada noche, querida madre, escribía Doña Isabel, ruego a Dios por el pobre Carlos de Viana; y cada noche le pido que conserve la vida de su hermano, que es el esposo que me destináis.

»No obstante, cuando por las noches me hallo sola, y tengo la ventana que mira al jardín abierta delante de mí, me parece que veo a Carlos que me dice cuánto me ha añado, y lo mucho que acribaba la dulce esperanza de ser esposo mío!...

»¡Sí, madre mía! me parece que las auras me traen su acento... su acento que repite mi nombre, y que me dice:—«¡Isabel, Isabel! ¡Aquí en el cielo te amo como en la tierra! ¡Tú no me conocías; pero yo te conocía y sabía apreciar tus excelentes cualidades! ¡En tí miraba la única ilusión de mi dicha... pero desde que estoy aquí arriba, donde sólo brilla la verdad, he sabido que me rehusabas para esposo tuyo, y he llorado mucho, porque te quería con todo mi corazón!...

»Madre, estas visiones me hacen sufrir y derramar abundantes lágrimas... hasta creo que me da calentura... porque do quiera veo con los ojos del alma la imágen doliente del príncipe... esta noche contemplaba yo la luna y le ví... además de sus quejas de todos los días, pronunció otras palabras... ¡ha! ¡Otras palabras que me llenaron de horror... Me dijo sollozando:—«¡Isabel! ¡Para que no me casara contigo, me han quitado la vida! ¡Es preciso, pues, que ames mi memoria y que nunca me olvides!»

La infanta, así que hubo trazado las últimas frases, dejó escapar la pluma; cruzó sus dos brazos sobre la mesa, y apoyó en ellos su cabeza; abrumada por sus dolorosos pensamientos.

En esta actitud permaneció algunos minutos; pero de pronto, y como si quisiera disipar la fatiga moral que la abrumaba, se levantó, y dirigiéndose a una puertecita que daba al jardín, la abrió con mano trémula y bajó la escalera que a él conducía.

En aquel instante serían como las diez, y ya el alcázar estaba tan silencioso como si fueran las tres de la mañana.

La luna alumbraba con sus rayos de plata los estrechos senderos, bordeados de árboles y flores: cantaban las ranas, y el ruiseñor ensayaba ya su primera canción.

Todos los habitantes de la régia morada dormían o aparentaban dormir: reinaba una calma tan profunda y solemne como no se conoce en nuestros turbulentos días, en los cuales ni aun en las altas horas de la noche permiten un completo descanso la alteración del espíritu y los cuidados de la ambición; en nuestra época, hasta el sueño es intranquilo, y con frecuencia va acompañado de horribles pesadillas.

La época en que tenía lugar esta historia, distaba mucho también de ser apacible; pero era agitada de otro modo diverso.

Como quiera que sea, en el alcázar, donde todos se recogían temprano, no se percibía el más leve rumor a las diez de la noche.

La infanta bajó lentamente al jardín: parecía abrumada de melancolía; la pobre niña echaba de menos su soledad de Arévalo y las tiernas caricias de la reina Doña Isabel.

Sentóse en una eminencia cubierta de césped y de frente a la luna, y se entregó a sus reflexiones.

La sombra del príncipe de Viana vagaba ante sus ojos; la imaginación poética de la infanta,

atribuía a aquel príncipe desgraciado todas las bellezas, todos los encantos: vivo le amaba menos que muerto, y muerto por ella, pues era evidente que los asesinos de Carlos le habían arrojado del mundo para que no llegara a ser dueño de la mano de la infanta de Castilla.

Un leve ruido, que Doña Isabel oyó hacia su izquierda, la sacó de su melancólica distracción: era un rumor de hojas que hacía sospechar que alguna persona se hallaba oculta detrás de la enramada: la infanta se volvió con admiración y curiosidad, más sin sobresalto; su alma fuerte era inaccesible al temor.

Repitióse el ruido, y de pronto apareció una figura varonil a los ojos de la infanta.

Esta la miró atentamente sin levantarse, y con voz reposada preguntó:

—¿Qué queréis, D. Beltrán?

—¡Hablaros, ya que mi buena suerte os ha traído al sitio donde he venido huyendo de mi cámara, en la que no hallo ni sueño ni reposo! exclamó el conde de Ledesma.

—Sí; ya sé que tenéis cámara en palacio, dijo Doña Isabel fríamente: mañana haré presente a mi hermano que, en tanto que yo esté aquí, a lo menos, debéis volver a ocupar vuestra casa.

—Si tal es vuestro deseo, repuso el conde con amargura, al rayar la aurora dejaré el alcázar.

—Ese es vuestro deber, respondió Isabel, si quiera por respeto a mí, ya que no sea por otros

más altos respetos; pero hablad, si algo tenéis que pedirme, añadió la princesa con altivez; yo también he salido de mi cámara con el objeto de disfrutar de los encantos de esta hermosa noche por breves instantes, y voy a retirarme; así, pues, hablad pronto.

—Señora—dijo el favorito—habéis dicho, sin duda para humillarme, que *si tengo algo que pedir*os, lo haga pronto, y debo manifestaros que, en efecto tengo que pedir os una cosa, la única que podéis darme.

—Pedidla, pues, dijo la infanta, cuyo rostro palideció visiblemente, más bien de cólera que de emoción.

—Pues ya que me autorizáis para ello, señora, voy a exponeros mi demanda: os pido vuestra piedad!

—Bien merecida la tenéis; observó la joven con una triste sonrisa que enseñó sus menudos dientes; ¡sí, bien merecida, porque sois muy desgraciado!

—¿Cómo!—exclamó el conde—¿sabéis?...

—Sé que faltáis a todos vuestros deberes, y esto me basta para suponer que sois infeliz, interrumpió Isabel: ¿acaso puede aquel que no es bueno ser dichoso?

—Es que—observó el conde—solo desde que estáis cerca de mí, conozco cuán horrible es la senda porque camino! Vos, sois, señora el ángel de luz que ha abierto mis ojos! La única cosa que antes ansiaba yo, era medrar...

La infanta alzó una mano, e hizo su acostumbrada señal al conde para que detuviera su razonamiento, mostrándole un ángulo del jardín que se dibujaba enfrente de ellos.

Don Beltrán comprendió el ademán de Doña Isabel, y miró hacia el sitio que ésta le indicaba.

He aquí lo que vió.

Sobre unos cuantos escalones de piedra, que morían en el jardín, se abría una puetecita que comunicaba con la cámara de la reina, y cuyo moho y telas de araña decían claramente que no se habría nunca; sin embargo, la infanta y Don Beltrán vieron entonces que se habría lentamente, y vieron asimismo descender por ella a una blanca figura de mujer.

Esta creyó que nadie había reparado en ella, y, desliziéndose entre los árboles, fué a colocarse casi a espaldas de la infanta y del conde de Ledesma.

Don Beltrán miró estupefacto a la infanta; lo había comprendido todo; pero Doña Isabel no se alteró, y dijo al conde con voz serena y reposada:

—Seguid hablando.

—¿Y cómo?—preguntó el conde dirigiendo una mirada al sitio donde se hallaba oculta la celosa soberana.

—Si nada tenéis que decirme—observó Doña Isabel—seré yo la que hablé: ha un instante confirmastéis mi opinión de que érais desgraciado.

—¡Sí!—exclamó el conde decidido a jugar el todo por el todo, y quizá importándole poco el

desgarrar el corazón de la pobre reina—sí, soy muy desgraciado!

—Y os repito que os creo—observó la infanta—faltáis a vuestros deberes de súbdito leal permitiendo que, por vuestra asiduidad cerca de la reina, se empañe su honor, que debía estar limpio como el sol, y pagáis el afecto de mi hermano con la más negra, con la más odiosa ingratitud.

—Pues bien; yo quiero salir de la corte—dijo el conde—y saldré de ella tan pronto como vos la dejéis.

—No puedo menos de aplaudir vuestra determinación, dijo la infanta, tenéis una esposa que os ama, y que mecece ser amada de vos.

—Es que no pienso reunirme con mi esposa, tartamudeó D. Beltrán; iré al punto donde vos vayáis.

Un largo silencio siguió a estas palabras.

Las llamas del enojo alumbraron con rojos resplandores la frente de la hija de D. Juan II; pero su orgullo soberano, su imponente dignidad, le aconsejaron guardar la más severa compostura, y procuró dominarse antes de hablar.

—¡Señor conde—dijo por fin—he detenido hasta donde me ha sido posible la confesión de vuestra locura: lamento que no me haya sido dado contenerla por más tiempo, y lo lamento por vos, porque veo que sois incapaz de sentir amor, ni por mí, ni por nadie: ¡después de haber maneillado la reputación de la reina, tratáis ahora de mancillar la mía!

—Señora... balbuceó D. Beltrán.

—¡Pero lo intentáis en vano, porque mi reputación se halla más alta de lo que vos suponéis, y no lograréis alcanzar a ella; curaos de vuestra demencia, de vuestra ambición, de vuestra manía de medrar; por mi parte, os compadezco, porque ni aún os creo merecedor de despertar mi enojo; las indignidades solo merecen el desprecio.

—¡Pero es que yo os amo!—exclamó el favorito, dejándose caer a los pies de la infanta y sollozando como una mujer—¡el amor que me inspiráis pondrá fin a mi existencia!

—¡Y bien, morid, pero morid con valor!—exclamó la infanta—¡preferible es una muerte honrosa, a la afeminada y culpable vida que hacéis en palacio!

Doña Isabel, apenas hubo pronunciado estas palabras, hechó á andar hacia la puerta que llevaba a su cámara y que le había dado entrada en el jardín.

—¡Sí, yo moriré, y moriré por ti, orgullosa niña!—murmuró D. Beltrán, dejando su humilde postura, y apostrofando a la infanta que se alejaba—¡pronto se alzarán banderas para sentarte en el trono de tu padre; bajo ellas me alistaré yo!

—¡Antes se alzarán banderas por mi hija... a quien llaman *La Beltraneja!*—dijo la blanca figura, que se había ocultado detrás de los árboles, adelantándose y apoyando su mano en el brazo

del conde—por ella, y solo por ella, iréis a combatir; en cuanto a Doña Isabel, os juro que tendrá esposo antes de un mes, a pesar de la muerte de Carlos de Viana.

La reina se alejó amenazadora y fría como la estatua de la venganza.

El conde de Ledesma quedó solo en el jardín del alcázar, y en él le sorprendió la aurora.

Dos días después de los acontecimientos que acabamos de consignar, el rey hizo llamar a Doña Isabel a su cuarto y le advirtió que tenía que disponerse para acompañarle al día siguiente a hacer un corto viaje.

—¿Puedo saber a dónde vamos?—preguntó la infanta algún tanto sorprendida.

—No es a Arévalo—respondió el rey—; básteos saber esto, y perdonad, Doña Isabel, si en esta ocasión no puedo ser más explícito.

La infanta se inclinó y salió de la estancia.

Al amanecer el día siguiente, el rey y Doña Isabel subieron a una carroza; seguíales una escolta de nobles caballeros, y en pos de éstos se veía un grueso piquete de la guardia morisca del rey. Al cabo de algunos días llegaron a Badajoz.

En una plaza se detuvieron la carroza y la comitiva; la infanta se apeó delante de una soberbia casa, cuyos balcones se hallaban decorados con tapices.

Doña Isabel vió con sorpresa a la puerta una

numerosa guardia, cuyos soldados vestían un uniforme extraño.

El rey se apeó también, dió la mano a su hermana y subió con ella una ancha escalera toda tapizada y guarnecida de soldados.

Atravesaron algunas cámaras el rey y la infanta, seguidos siempre de su comitiva, y llegaron, en fin, a un gran salón amueblado con regia magnificencia.

Enfrente de la puerta, y sobre un estrado, se elevaba un dosel de terciopelo, debajo del cual había colocados tres sillones de alto respaldo.

Algunos caballeros, vestidos con trajes portugueses, según pudo al cabo reconocer la infanta, se agrupaban a los dos lados del estrado, y a los pies del mismo fueron a colocarse los de la comitiva de D. Enrique y de su hermana.

Así que éstos entraron, se abrió una puerta situada a la izquierda del salón, y un personaje de figura arrogante y de aspecto severo y belicoso apareció en ella, avanzó algunos pasos y fué a sentarse en uno de los sillones colocados debajo del dosel.

Con no poco asombro de la infanta, su hermanito ocupó otro de los sillones dorados, y con una seña la llamó para que ocupase el tercero.

Su corazón empezó a palpar aceleradamente; sospechaba alguna arbitrariedad, alguna violencia cobarde, pero terrible; mas con aquella prudencia que le era habitual, y que era tan superior

a sus años, determinó esperar los sucesos, y fue a ocupar el sillón que quedaba vacante.

Entonces, superando su temor, envió una mirada penetrante al personaje que había entrado primero.

Era un hombre alto, robusto, casi atlético y que aparentaba alguna más edad de la que tenía, pues sólo contaba treinta y un años; pero la guerra y la caza habían curtido su tez y le habían dado un tinte bronceado que hacía un extraño contraste con sus ojos claros y su cabello rubio.

Los modales de aquel hombre eran bruscos y ásperos; sus facciones gruesas y casi toscas, pero no desprovistas de belleza; había en aquella abierta fisonomía tal franqueza y tan marcada ingenuidad, que hablaban en su favor, y si bien le concedían la posibilidad de cometer algunos excesos, borraban toda sospecha de que fuese capaz de intentar ninguna cobardía.

Vestía de raso y terciopelo; pero se conocía que su cuerpo fuerte y vigoroso estaba casi siempre cubierto de otras vestiduras menos delicadas.

Sentados bajo el dosel de los dos caballeros y la infanta, el hombre que, aunque imperfectamente, hemos tratado de describir, habló de esta manera:

—Señores castellanos: yo Alfonso V, rey de Portugal, he solicitado la mano de la infanta de Castilla, Doña Isabel, al saber que, por la muerte del príncipe Carlos de Viana, se ha roto el enlace proyectado entre los dos; somos parientes cercanos, como primo hermano que soy del rey Enri-

que, aquí presente; su madre Doña María y mi madre Doña Leonor eran hermanas y se amaban de todo corazón; movido por las consideraciones de parentesco, y por las altas prendas de Doña Isabel, la he pedido por esposa a su hermano y mi primo, el muy alto y poderoso rey de Castilla, y éste viene a traerla para que celebremos a presencia vuestra nuestros solemnes esponsales.

Los caballeros de ambas cortes se inclinaron como dos haces gigantestos de espigas.

Pero la infanta se levantó pálida y altanera; su estatura, que era aún la de una niña, pareció crecer de una manera sorprendente; miró al que acababa de hablar, y dijo con voz que la cólera hacía temblar:

—D. Alfonso de Portugal, para llevar a cabo vuestro casamiento conmigo, no se ha consultado la voluntad soberana de la reina, mi madre y tutora, ni la mía; así, pues, lo rehúso.

—¿Qué osáis decir?—exclamó Enrique IV levantándose también pálido de ira.

—Digo que no quiero casarme con el rey de Portugal—repitió la infanta bajando con majestad las gradas del estrado.

—Y yo digo que os casaréis—repuso el rey de Castilla—; sois una niña, Isabel, no sabéis lo que os conviene; también os negásteis a casaros con el príncipe de Viana; pero si de aquel compromiso os libró su muerte, de este no os librará nadie: a pesar vuestro, quiero que os sentéis en el trono de Portugal.

—¡Jamás!—dijo Isabel dirigiéndose a su hermano y mirándole con firmeza—; me niego a esa boda, y si queréis obligarme a ella apelaré, para que me liberten de vuestra tiranía, a todos los leales vasallos de mi padre.

Un murmullo sordo empezó a circular en el grupo de los caballeros castellanos.

—Nadie os obligará a que os caséis conmigo a pesar vuestro, señora—dijo Alfonso V, que a su vez había dejado el dosel—; yo soy demasiado leal para ser vuestro primer enemigo; pero ¿no me diréis a mí, a lo menos, por qué me rehusáis con tal pavora?

—Jamás he tenido miedo a nadie, señor—respondió la infanta con afable serenidad.

—¿Os han hablado mal de mí?

No, señor.

—¿Tan feo y aborrecible me halláis?

—No os hallo muy hermoso, a la verdad; sin embargo, esta circunstancia, por sí sola, no me impediría amaros.

—¿Por qué, pues, os negáis a casaros conmigo?

—Señor, en primer lugar por la diferencia de nuestras edades: tenéis diez y nueve años más que yo.

—Más tenía el príncipe de Viana—observó airado el rey de Castilla; Carlos contaba diez años más que D. Alfonso.

La infanta guardó silencio.

—Vuestro hermano tiene razón, Doña Isabel



—observó el rey de Portugal—; la diferencia de vuestra edad con la del príncipe de Viana era mayor que la que existe entre nosotros.

La infanta sonrió con tristeza.

La sonrisa de Doña Isabel quería decir:

—¡Sí, el desgraciado Carlos de Viana os aventajaba en edad; pero como os aventajaba también en talento, y en todas las bellas prendas que hacen a un hombre amable a los ojos de una mujer, no cabe la comparación entre él y vos!

Nadie comprendió, sin embargo, semejante significación en la melancólica sonrisa de la infanta, que ocultó sus pensamientos bajo esta sencilla respuesta:

—También rehusé a D. Carlos de Viana.

—¿A mí me rehusáis sólo por la discordancia de nuestras edades?

—Y además, señor, os rehuso porque no os amo; pienso ser buena y honrada esposa, y no puede serlo la que no ama a su marido sobre todos los demás hombres; así, pues—prosiguió la infanta—, os doy las gracias por la seguridad que me hacéis de no violentar mi resolución, lo que, por otra parte, sería inútil: las infantas de Castilla no pueden darse en matrimonio sin el consentimiento de los nobles del reino, y los nobles de Castilla no os harán donación de mí persona contra mi voluntad expresa y la de mi buena madre.

El murmullo que ya había corrido entre los nobles volvió a dejarse oír.

—Me voy convenciendo—dijo el monarca portugués—de que, en efecto, debo renunciar a mi enlace con la infanta castellana; jamás tomaré esposa contra su voluntad.

—Pero ¿no véis—exclamó con despecho Enrique IV—, no véis, señor, que mi hermana es una niña? Ahora se niega a casarse con vos, y mañana se dará por contenta de haberse casado; llevadla al altar, señor; esta noche estará todo dispuesto para la ceremonia.

—¡En el altar mismo responderé que no me quiero casar con el rey de Portugal!—dijo con energía Doña Isabel—; en este punto nada conseguirán de mí los ruegos ni las amenazas.

—¿Luego—exclamó Enrique—pensáis, niña rebelde y obstinada, rehusar todos los partidos que os proponga?

—Básteos saber que, por ahora, rehuso éste.

Y la infanta se dirigió a la puerta de la gran cámara, aunque no sabía dónde se hallaba ni dónde podía estar situada la estancia que debían haberle preparado.

A una señal de Alfonso V, dos caballeros portugueses la siguieron, y el más anciano le dijo:

—Vamos a conducir a V. A. a la habitación que le ha sido destinada.

Isabel, escoltada por aquellas dos venerables figuras de cabellos blancos, salió de la cámara y se perdió en los tortuosos corredores que conducían a su aposento.